

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

ooooooooooooo Mahón, 26 de Febrero de 1925 ooooooooooooo

¿FEMINISMO?

¿Feminismo? He ahí, un problema que se nos ha planteado a las mujeres, problema que a mi juicio padece de un defecto ingénito, puesto que la mujer si desde un principio, como punto básico de su regeneración, proclama y demanda, igualdad de derechos e identidad de deberes que el hombre, pierde al conseguir sus aspiraciones toda su femineidad, esta espiritualidad delicada, la fragilidad y dulzura, que quizá, aparte de la belleza, haya sido en todo tiempo y en toda edad, nuestro mayor atractivo para el varón.

Estamos conformes, creo que debemos estar conformes todas, en que es precisa la reivindicación de nuestros derechos pero, estimo, que en esta aspiración vamos o van llegando, que no hay que generalizar pues todas las reglas tienen excepciones, más allá de lo que debe ser aspiración nobilísima de que la mujer sea considerada, no como una cosa, no como un objeto y sí como un ser racional, que piensa, siente y es capaz de dar forma a sus pensamientos y expresión a sus sentimientos, manteniendo un ideal y este ha de ser, proclamación de nuestro feminismo, pero en forma que, por nuestra cultura, por nuestra ilustración, al ser la excelente administradora y orientadora del hogar, podamos ser la compañera de nuestros maridos, con los que podamos discutir, pensar y sentir, dando a nuestra vida una mayor consistencia, no la banalidad que es único ambiente para muchas, que a sus esposos solo saben amargarles el rato que sus ocupaciones déjanles libres, para trazarles cuadros siniestros de dificultades económicas, ridículos *magazines* de Modas, ya que en el lujo, la vanidad (dinero y modas), cifran y condensan la ciencia del vivir.

Feminismo, tal como lo entienden y practican muchas, resulta una paradoja, pues mientras se habla de femineidad, tienden a masculinizarse en lo que al externo se refiere, pero continuando siendo en lo moral, las cabezas de *chorlito*, hueros, horras de ideas y de conocimientos y en lo sentimental, por defecto de su educación, unas perfectas maniqués con vestidos sastre y melenas de muchacho, con mucho colorín en las mejillas, bermellón en los labios, pero con un alma seca incapaz de vibrar, de sentir, de conmoverse al ligero soplo del ideal, que ilumina las inteligencias y lleva a los corazones luz vivísima y esplendorosa que es encanto del vivir.

El feminismo, este feminismo mas-

culinizador, que persiguen como única finalidad y suprema aspiración, entiendo yo, que es un problema creado por hombres, que no ha sido sentido nunca por mujeres con alma. Esta igualdad de derechos y deberes que se proclama; la emancipación de la mujer de la tutela del hombre, igualdad y emancipación que en Norte América, es ya un hecho sino como generalidad, en múltiples casos, hace que el hombre y la mujer, al unirse en lazos matrimoniales, sean dos a laborar, a aportar el grano al nido, y un matrimonio, sepárase en las primeras horas de la mañana, acuden uno y otro a sus oficinas, comen en los *restaurants* y en las largas horas del día, dejan el hogar, este santuario bendito en el que ha de labrar su felicidad y ventura, la mujer honesta y delicada, entregado a manos mercenarias, como quedan también al cuidado de manos serviles, los tiernos retoños, los hijos, que son y deben ser más que nosotros mismos y todo, en aras de una independencia, de una emancipación, de la conquista de unos derechos que quizá, por que en mi mente femenina, no he podido llegar a comprender y desentrañar el problema, no creo, no estimo, no proclamo tal independencia emancipación, ni derecho, antes bien lo considero como una nueva forma, otra modalidad de la esclavitud de la mujer, que el egoísmo del hombre ha decretado, pues sin la independencia, sin la emancipación, sin que ella fuera su compañera en el trabajo, en las grandes urbes, tropezaría el hombre y tropieza con dificultades enormes para la creación del hogar que anhela y siendo dos a soportar la carga, dos a ganarse el sustento, se celebran esos ayuntamientos, que si al parecer, elevan a la mujer a un mayor nivel intelectual, matan, secan y anulan su espiritualidad, su delicadeza, pues deja de ser un ángel del hogar al que presta el encanto que su femineidad le sugiere, para convertirse en ser igual al hombre, con idénticos derechos e igualdad de deberes, esclava de sí misma y de los demás, en una nueva modalidad de esclavitud, pero esclavitud al fin.

Feminismo tal como lo entienden, proclaman y practican algunas no es tal. Es una tendencia a la masculinización de la mujer, que al rodar de los tiempos, a la misma mujer ha de perjudicar y dañar.

En estos artículos, si la Dirección de este culto diario, otorga buena acogida al presente, hablaré, amable lectora, de otros problemas y otros asuntos, que a tí y a mí, como mujeres, nos interesan.

CONDESINA DE E.

Mahón, febrero 1925.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

París, Febrero 1925.

Para nuestras niñas

He aquí que llega la época en que nuestras encantadoras niñas tendrán más de una ocasión de llevar las coquetas prendas que las harán más bonitas todavía. Fiestas organizadas en honor de los niños, visitas que se realizan



Vestido de tela *esamourals*, castaño oscuro, recortado sobre un fondo de popelina de seda crema, adornado con pespunte color castaño. Echarpe sujeto por dos camelias rojas

acompañando a mamá, todo esto sin contar la nota de gracia y poesía que las niñas ponen en un cortejo de boda.

Parece que se vuelve, para estas diminutas señoritas, a los vestiditos de movimientos un tanto amplios, discretamente estilizados que les sientan muy bien.

Para ejecutarlos, se utilizará preferentemente al *taffetas*, las nuevas telas que ofrecen en su suavidad un poco de corrección, tales como la alpaca de seda de grano muy fino y el *sergé* también de seda que estará muy en boga, de un modo general, el próximo verano.

Pocas guarniciones, nada de bordados, únicamente un lazo flotante, una graciosa disposición en forma de banda y un motivo florecido.

Quando se haya de confeccionar para una niña, un vestido que habrá de llevar en un cortejo nupcial, se tendrá cuidado de escoger un color que se armonice con el conjunto del cortejo, cuando las compañeras de la novia hayan adoptado un tono uniforme.

En este orden de ideas son muy apreciados actualmente los tonos de orquídea, glicina, rosa, así como el azul y el verde tilo.

Imaginad, por ejemplo, un vestidito de alpaca de seda azul con cinta del mismo tono en

el escote y flotando sobre el hombro. Montado sobre la faldita, que dibujará una túnica, se verá un motivo hecho con diminutas rosas de colores antiguos.

O suponed, también, un vestido de *sergé* de seda glicina, que lleva una banda forrada de tono más oscuro con lazos de florecillas de ambos colores.

Vestidos de novias

La Primavera trae consigo ceremonias nupciales. En estas circunstancias, ¿qué vestido llevará la señorita para obedecer a las últimas creaciones de la Moda?

Ante todo, tendrá que tener en cuenta que los vestidos de novias se acortan también y esta reducción es bastante considerable para lograr un efecto de mayor impresión si el vestido lleva cola.

Además, a la señorita, le gustarán sin duda las telas brillantes *crêpe satin*, este maravilloso tejido hecho con seda vegetal y que ofrece reflejos casi metálicos. Pero no debiera olvidar, en este caso particular, que el efecto de la tela que por sí misma da un tono brillante, hay que atenuarlo mediante un encaje o por lo menos, con un velo de tul.

La señorita gustará asimismo de alguna agradable guarnición de flores, dispuestas en grueso manojó al costado de la silueta en contraste con la línea fina del vestido, que gracias a esta posición quedará más realzada aun.

Dentro de esta tendencia, las azucenas de pistilos de plata gozan de singular predica-



Vestido de noche en lamé color mandarina y satén negro, adornado con un galón chinos o, oro y negro

mento y constituyen la única nota metálica que debe ser tolerada en tales *toilettes*.

Finalmente me permitiré aconsejar la *guirre* recta que modificará un poco la disposición de la túnica normal. En dicho caso, la túnica se mostrará discretamente cruzada sobre el costado, con una línea envolvente que podrá

Lavados en seco
Colores vivos y sólidos a la muestra
Lutos rapidísimos
Plissés, acordonados, *watteaux*, etcétera
Se lavan, tiñen y rizan plumas
Lavado de renards y toda clase de pieles
Visillos, stores, cortinajes y alfombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN

BARCELONA

Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES

ANUNCIAY, 26. - MAHÓN

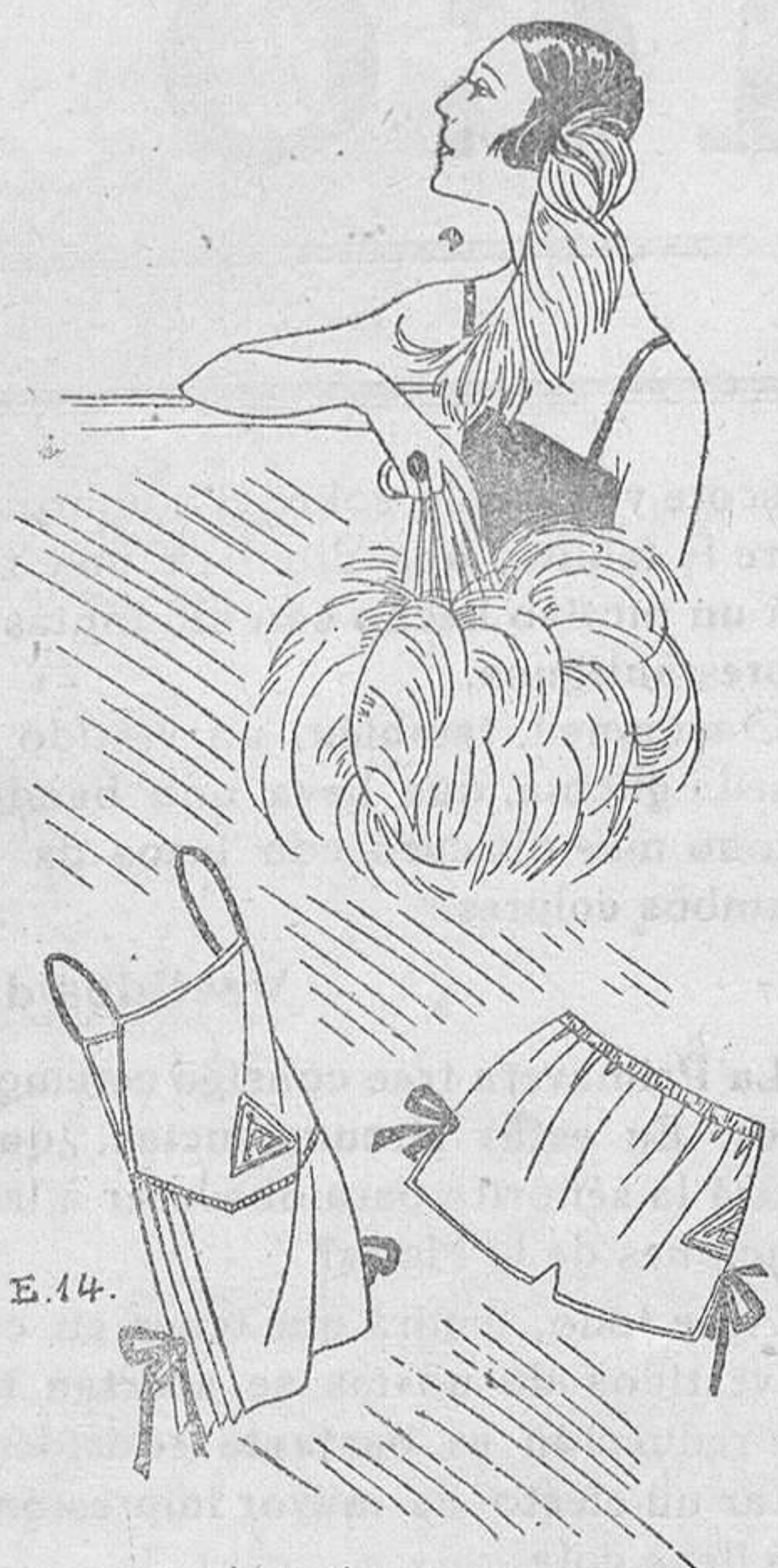
La preferida de la gente chic

Ni más cara ni más barata que cualquiera de las de primer orden; pero la más pulcra, rápida y exacta

Tantas expediciones como vapores correos

terminar, si se quiere, con un imperceptible pan flotante.

El velo de tul podrá llevar inrustado—en *bandeau* que descende en forma de larga tira hacia los lados—de un encaje antiguo y tendremos así una gran ocasión de emplear los preciosos encajes de familia.



La pluma de avestruz, siempre de moda. He aquí un abanico y un tocado original para de noche, de plumas de avestruz color malva.

Pequeña camisa y calzón, de crepé rosa, adornado con «jours» y con monograma bordado tono sobre tono.

El Encaje de nuestros vestidos

He hablado ya aquí mismo del renacimiento del encaje que durante cierto tiempo parecía, por desgracia, abandonado.

El encaje se emplea hoy en día en múltiples maneras y es muy apreciado como guarnición de los vestidos elegantes.

Así, se ven vestidos de comida, de encaje negro, un poco pesado *dentelé au lacet* o bordado con cordoncillo, y a veces realzado con un galón de oro o de acero.

Otros vestidos de encaje llevan movimientos de tónicas y agregan a la vaporosa gracia del encaje, finísimas tiras de piel. Algunos grandes modistos continúan imponiendo el encaje de color, con firme decisión.

Dentro de esta tendencia, el encaje se ofrece casi siempre en forma de pequeñas tónicas cerradas atrás; en este género se buscan efectos de colorido, por ejemplo, verde mirto sobre negro.

En otros vestidos y especialmente en los de noche de encaje negro, se realiza la armonía de la prenda con un color bastante vivo o con crepé *Georgette* de dos tonos.

Frecuentemente, el vestido lleva en el hombro *pans* flotantes forrados con colores que contrastan con el conjunto.

Se utiliza asimismo para la noche, el encaje muy fino y plisado.

Es fácil disponer en un *fourreau de crêpe satin*, una tónica de encaje negro, lisa por detrás, más vaporosa en la parte delantera, y si se quiere, montada por una parte fruncida sobre una cinta de *moiré* de tonalidad suave, o también por transparencia y formando entonces una especie de *épaulette*.

Para poder llevar por las tardes dicho vestido, basta con agregarle mangas independientes de *crêpe satin*, largas y ajustadas.

Dos palabras para terminar: nada tan bonito como el *satin* negro en la falda con tul y el cuerpo bordado en punto de tul.

Sombreros de Primavera

Si el *picot* sigue siendo preferido para los sombreros de la próxima temporada y aun para los del verano, no debemos echar en olvido la paja de cáñamo remallada; la paja manila utilizada para obtener tales bordes minúsculos, tan de moda actualmente y que exigen pajas finas; las mezclas de paja y de *gros grain*, y los tejidos reversibles con los cuales se logran bonitos efectos vueltos y de embozo.

Las formas presentan más que nunca un trabajo meticuloso. Si son altas se observa en ellas, al menos en los modelos de determinadas casas, una tendencia a no aplastarlas como hasta ahora.

Otras cosas buscan los estilos muy ligeros con relieve poco visible, que sientan bien a la mujer y le conservan la personalidad.

Se hacen también tocás o bonetes sin borde alguno. Y asimismo se acentúan notable-

mente las tendencias hacia una vuelta a la *calotte* en forma de bola.

¡Qué de encantadores colores! Aquí vemos tonos cálidamente coloreados y bastante luminosos: verde medio inclinándose al gris, verde veronés, violeta duro, azul pálido. Más allá observamos rojos unidos al negro o combinados con un poco de metal. Y finalmente advertimos el *violine*, el violeta un poco rojo, el tono ladrillo combinado con el marrón, el rosa viejo.

En total, la composición de esta rica paleta, parece definitiva, pero no ocurre lo mismo con las formas, en cuyo dominio siguen realizándose constantes investigaciones.

Hay que señalar un hecho interesante: la *calotte* alta resiste mejor que la cuadrada; esta ha muerto definitivamente y nada la hará conquistar nuevamente la boga.

Y yo personalmente veo que la *calotte* de forma bola, aun cuando se lleva tanto actualmente, no tardará en correr la misma suerte.



Vestido de crepé impreso, sobre fondo pan tostado; plisado de crepé verde almendra.

Mujeres célebres

ANA RADCLIFFI

A la cosmopolita Londres le cabe la gloria de contar entre sus hijos predilectos a la más ilustre novelista del siglo XVIII. Ana Radcliff nació en el seno de una familia modesta, pero muy apreciada en Inglaterra, por sus virtudes cívicas, en el año 1764.

Aunque la vida de esta escritora fue muy oscura, alcanzó gran brillantez por su talento, nada común, y sus obras le granjearon una reputación muy merecida.

Contaba 35 años de edad cuando se unió en matrimonio con Guillermo Radcliff, catedrático de la Universidad de Oxford, quien, sabedor de las dotes literarias que concurrían en su mujer, aprovechó la coyuntura de ser él editor de la *Crónica Inglesa*, y la alentó a cultivar las letras, apareciendo a la luz pública, al poco tiempo, su primer novela, titulada *El bosque o la Abadía de Santa Clara*, novela que llamó poderosamente la atención, no solo por su estilo, sino por la plasticidad de sus descripciones, circunstancias ambas que inclinaron a los críticos de la época a ciertas dudas respecto a la originalidad y paternidad de la obra; pero estos escrúpulos desaparecieron tan pronto como fué editada la segunda novela de esta gran escritora, a su regreso del Rhin. La novela *Los misterios de Udolfa* fué acogida con loco entusiasmo por peritos y profanos, consagrándola ya como la mejor novelista de la época. Walter Scott encomia mucho esta novela.

Mucho hubiera escrito, sin duda. Ana Radcliff, de no tener un corazón ardiente y un cerebro demasiado fogoso

que la malograron, pues a fuerza de tanto sentir lo que escribía, se apoderó de ella una especie de terror, que dejaba traslucir en sus descripciones, dando la sensación de que vivía sus obras al escribir las. Esa anomalía se refleja perfectamente en *Los castigos de Alhin y de Dumbayna*, *Julia o los sudterráneos del castillo de Mazzini* (toda ella plagada de relatos macabros), y *Viaje a Holanda*.

En 1797 escribió su última obra, titulada *El Italiano*; y ya, después, fué víctima de una enajenación mental que hizo necesaria su reclusión en una «casa de locos», donde murió el 7 de Febrero de 1823.

DIOSCORIDES LEIVE GARCIA.

UN CUENTO PARA TÍ

La resignación de Javierito

La gestión de unos asuntos que tenía confiados, lleváronme a la bella y tranquila ciudad de E... en cuya estación habíame dejado el tren a hora harto temprana para comenzar trabajo alguno. Como sólo contaba permanecer en aquella población el tiempo preciso para solventar mis negocios, pensando reintegrarme a M. en el tren ascendente, no llevaba impedimento alguno de viaje: mi cartera, conteniendo los papeles, unas acciones mineras, constituía todo el equipaje.

En la estación refusé los servicios de un tartanero que ofrecióse a llevarme a la ciudad en su vehículo, desvencijado, tirado por un caballo con más mataduras que años y más años que Matusalen. A pie me dirigí a la ciudad, siguiendo la breve y recta carretera que de la estación la separaba, carretera bordeada de chopos y acacias, en cuyas cunetas y en espera de la hora de comenzar la venta, daba a su hato el primer pasto, el cabrero de la ciudad.

Pronto me hallé en las puertas de E... Por una calleja estrecha, sucia y mal oliente me interné; espantando a unas gallinas que picoteaban voraces, sobre unos montones de fiemmo a punto de cargar. Para hacer tiempo recorrí algunas calles. La ciudad comenzaba a despertar a la vida activa, abrían sus puertas los comercios, y en los balcones y ventanas, sonaban con golpe seco los maderos, al ceder, empujados por mano presurosa, para dar paso a la clara luz del día.

En mi ambular de hombre que espera y como todo el que espera, se aburre, llegué a la plaza de la ciudad, plaza de la Constitución llamada y como todas las de ciudades parejas, rectangular, monótona, teniendo en su centro la casa comunal que en inscripción de gruesos caracteres sobre su puerta de arcada reza: Casa Ayuntamiento de la ciudad de E... En un ángulo de la misma manzana de edificios, como en todas las plazas también de todas las ciudades, en la planta baja del edificio estaba instalado un café con infusas de casino y a él me dirigí tomando asiento junto a un velador. Ya instalado, acudí solícito un mozo, con ojos somnolientos y cara de idiota, que no sin tardar mucho, puso luego sobre la mesa y ante mí, la leve colación que más por entretenimiento que por satisfacción le demandara. Pedí periódicos y aburrido, leí y leí los que me aportó el camarero, ya leídos la noche anterior en M.

El tiempo tiene la buenisima condición de la actividad constante, de no estar nunca parado y aunque pasa lento o rauda, en relación con la dicha o desventura del hombre, pasa al fin y yo al mirar el reloj vi con satisfacción que pronto podría realizar las gestiones que a E. me trajeron.

Embebido en mi tedio y en los pensamientos de fórmula y exposición de los asuntos que a aquella ciudad me trajeron no prestaba gran interés a los pequeños sucesos de la vida que me rodeaba. Observé sin embargo que un señor que junto al Café pasaba dirigiéme miradas curiosas, investigadoras, como de persona que hace tiempo no nos ha visto y cree reconocernos pero que está en la duda. No le concedí importancia al hecho, que la curiosidad viste lo mismo faldas que pantalones y seguí enfrascado en la lectura de la sección de anuncios del diario madrileño, con el que me entretenía.

Una voz varonil pronunciando mi nombre distrajo mi atención: levanté la cabeza y vi ante

mi, al caballero que un momento antes cruzará curioso ante mi mesa, el cual tendíome los brazos jubiloso. Lo reconocí al fin: era Javierito Puertomanes, el compañero de estudios simpático y no estudioso, el Dandy, como llamábasele en clase por su puleritud en el vestir, por su elegancia excesiva. Nos abrazamos.

—¡Javierito! ¡Que alegría me has dado! No iba a sospechar siquiera encontrarte en esta ciudad. ¿Qué es de tu vida?

—¡Ay, chico! —contestóme entre compungido y resignado Javierito. —¿Mi vida? Ha sido una odisea un tanto triste.

—¿Es que...?

—Sí, amigo mío, sí. ¡Claudiqué! Tú sabes que en nuestra juventud de estudiantes, no muy lejana, dos cosas odiaba profundamente: el estudio y el matrimonio.

—Sí; recuerdo que eras un detractor del yugo matrimonial; un enamorado del celibato; un cantor de las libertades del hombre.

—Esto. Pues ahí verás lo que son las cosas: en un momento de imbecilidad, invertí la oración por pasiva y...

—¿Te casaste?

—¡Me casé! Pero no está en esto el más grave mal de todos mis males. Lo peor está en que, así como todos los hombres se casan con una mujer, con ella viven y a ella sufren, yo me he casado con dos.

—Pero... ¡Javierito!

—Como te lo digo. Al casarme creía yo unirme con una pero me encontré que lo hacía con dos: mi mujer y... ¡mi suegra!

Reí francamente la genialidad humorística del amigo y entonces él, con una seriedad jocosa, que de su época estudiantil seguía conservando intangible el buen humor, contome un rosario de desdichas.

Casó algo enamorado y ante las exigencias de la vida: su padre viendo que no aprobaba los cursos suspendió la ficción y lo reintegró al pueblo. Como alguna colocación había que darle pensaron en darle la de marido de mujer pudiente. Conoció a su prometida, enamoróse de ella y esto facilitó la confabulación paterna y sin darse cuenta hallóse unido al yugo. Sus primeros tiempos fueron felices; pero manifiesto, sin saber conceder valor al dinero ni a la hacienda, si era un buen casado que colmaba las aspiraciones de su mujer provinciana, en viajes, fiestas y diversiones, en cambio exasperaba a la madre de ella, fiel administradora, que veía que sus hijos y sus nietos, iban a quedarse pronto sin un ochavo que la liberalidad de Javier, era una amenaza seria para el patrimonio y a fin de evitar la ruina, instalóse en la casa de los jóvenes esposos y comenzó a ejercer su tutela, de mujer práctica en la vida y acostumbrada al orden y mando.

Desde este momento comenzó para Javier una era de penurias, de privaciones y de molestias. Con gracejo contábase el cuidado, para finalizar su narración pintando de mano maestra a su *belle mere*, único vocablo que seguía recordando de todos los cursos de francés desaprobados y en verdad que tuve al fin que compadecerle.

—Sí, chico, sí. Esta es mi triste odisea. El «Dandy» de santano, al célibe empedernido, lo ves hoy convertido en un señor sin autoridad ni voluntad, obediente al mandato de dos mujeres, que al fin, de tanto oír mandar, algo de autoridad se le ha ido pegando a Lucia que también tiene su geniecillo y yo unido a ellas, cuidando de mis cinco hijos, uno por año de martirologio, que en esto estriba mi porvenir. ¡Ironías del destino!

Hablamos unos momentos más y al fin despidióse Javierito que había salido a comprar chocolate para el desayuno de los suyos.

—¡Adiós, chico! ¡Que no te vayas, sin visitarme en mi harem! Te convencerás de que ha resultado algo pálida la pintura que te he bosquejado.

—¡Adiós Javier! Iré a verte si el tiempo que me resta lo permite. Pero tu ya sabes lo que nos decía aquel nuestro profesor: A grandes males mayor resignación.

—Pero por Dios —replicóme pronto Javierito. —Resignación es la ciencia práctica de mi vida. Tanto, que estoy escribiendo ahora un tratado sobre tan excelsa virtud que titularé «La resignación de Javierito».

Viendo se alejó de mi lado no sin abrazarnos y yo me dirigí a comenzar las gestiones que fuéronme favorables. Me sobró tiempo, pero escuso decirte, lectora, que no visité a mi amigo en su harem como él llamaba a su hogar. Hay dolores en la vida de los hombres que en el respeto del prójimo hallan el mayor consuelo.

FRANZ.

Imp. de M. Síntes Rotger. — Mahón